



DEL CAMPO CONTRARIO

ANECDOTAS

De la vida mundana, escritas para las colegialas de la Paz, por Atenógenes Segale.

(CONTINUA.)

31 de Diciembre de 85.

En todo este tiempo no había tenido humor de escribir una letra. ¡Me pasan tantas cosas! Sobre todo vivo en brazos de la pereza. No podía menos, con tantas materias de estudio que nos echan áuestas, no hay gana para estudiar ninguna, ni para hacer otra cosa. Ya le hago menos higas al Colegio de San Amor. Me voy conformando, ¿qué he de hacer?

Lucía Mastelero está muy cambiada, creo que yo también. La otra noche, que después de muchos meses de no hacerlo, nos pusimos á rezar el rosario, bostezamos de lo lindo y por fin no concluimos. ¡Qué devoción tan larga es el rosario! Hay otras más breves y más propias para las que tenemos una vida tan llena de luchas y de azares.

Acabo de comprender cuánto quiero á Lucía. La tarde de ayer que la encontré dándole caramelitos en la boca á Juana Romero, me sentí movida á arañarlas la cara. Esa Juana Romero es una cursi y una fastidiosa que me da cada enojo. . . . Ya se ve, como la traen del brazo y la dan regalillos dos profesoras.

El Protector me sigue moliendo con ternezas. Me ha prometido que cuando termine mis estudios, será para mí un hermano. ¡Ay! qué hermano tan viejo. Entiendo que hay desproporción de edades.

Dos profesoras han llevado hoy una corajina hasta el grado de echar espumarajos y desmayarse, porque Juana Romero y otras no se pusieron en pie cuando ellas transitaban por la galería. Yo pensaba que estas alumnas estarían dispensadas de tal ceremonia, porque de esas profesoras son tan amigas que las tutéan. Pronto las llevaron magnesia y bebi-

das cordiales, el amoniaco de la enfermera hizo prodigios y todo acabó felizmente.

5 de Febrero de 86.

D. Ricardo Flores, el que enseña Lógica, se ha vuelto muy bueno conmigo; á la hora de la clase se le nota la preferencia que para mí tiene. Cuando salimos, le acompaño hasta la puerta y él procura hacer ese camino lo más largo que puede, deteniéndose á trechos para conversar conmigo de cosas muy interesantes. Yo le quiero bien, aunque es muy descreído y enemigo de la fé católica, y esto lo rebaja mucho á mis ojos. ¡Qué voy á hacer? Todos los mozos de la época son así. Todos adolecen del mismo mal por obra de los Colegios de hombres, que han de ser más heterodoxos que el nuestro.

Comienzo á sentir en mi alma no sé que indecisos movimientos y una inquietud que no me explico. Me sucede á ratos quedarme con el pensamiento y el querer paralizados, como si se hubiera estancado el río de mi vida. En esos momentos no pienso nada, ni nada deseo y fijo mis ojos en no sé qué punto del espacio sin ver cosa alguna. Si me hablan, respondo incoherencias ó no respondo. Otras veces va mi espíritu de una cosa á otra sin fijez, y son sus movimientos como los de la hoja que ha empezado á amarillar y á secarse en la rama. Me paso largas horas siguiendo con la vista el curso de las nubes que en este cielo tan hermoso ya se aceleran, ya se detienen y se dilatan, se hacen ténues y se condensan. He gastado dos días enteros en observar á dos avecitas que fabricaban su nido en un chocho del huerto.

Acabo de leer una novela de Jorge Sand, *Leon Leoni*, que me prestó Eglantina. No al entiendo bien; pero me ha anegado en melan-

colía. Siente mi corazón honda simpatía por esa Julieta, la heroína de la novela, la quiero como si fuera mi hermana y desearía verla y platicar con ella muchas horas. Esa lectura me ha dejado unas ganas de llorar que por cualquier friolera ahí están las lágrimas.

Después de mis largos coloquios con el profesor Flores, cuando me ha dicho adiós en el cancel, me voy corriendo y saltando como cervatilla, ignoro porque estoy tan contenta y late mi corazón como si en él pugnaran por volar dos alas, como las alas de una paloma que ha caído herida por el cazador entre el follaje.

Desde que trato al Sr. Flores procuro componerme y aderezarme más que nunca. Me estrecho el corsé hasta sentir náuseas: por lo cual y por qué no tengo apetito y la comida es insufrible vivo casi sin comer. Cuando estoy con el Sr. Profesor de Lógica, sin darme cuenta de lo que hago, la cabeza se me menea, inclinándose de un lado á otro con cierto donaire, agitando los tembleques de oro que llevo en las orejas. ¿Será esto coquetería? Tal vez no, al fin es casi involuntario. Por lo menos yo no lo quiero resueltamente.

30 de Marzo de 86.

El Sr. Flores me ha hablado científicamente de muchos dogmas; y en efecto á luz de la ciencia no son tan claros ni tan ciertos como parecen. Me ha probado que los Jesuitas pretenden destruir la voluntad, que es lo más noble que hay en el hombre; y ya no los quiero. Me ha hablado de las indulgencias, del quemadero de la Inquisición, de un sabio italiano á quien carbonizaron porque sostenía que la tierra gira al rededor del sol. ¡Qué ardores padecería! Me trajo á enseñar una trenza de cabello chamuscada, que aseguró era de

una abrasada por el Santo Oficio. Le he oído disertar sobre la incapacidad de nuestras facultades para descubrir que Dios existe, y de que los Evangelios no fueron compuestos por los evangelistas, sino por un tal Taciano ó por mano incógnita. Hame prestado por fin un libro de Pedro Larousse, que trata de todo eso. Cuando comencé á leerle sentía miedo á un sér desconocido, ahora ya le repaso con pocos escrúpulos. Pero al fin de todo, cuando reflexiono en lo que él me ha dicho y en lo que he estudiado, veo que se va haciendo noche en mi alma y me acometen accesos de pavor, como ántes cuando me quedaba sola en una habitacion sin luz. Y cuando me doy cuenta de que ya dudo de mis antiguas creencias, mi corazon saborea un dejo muy amargo. El me dice con bizarra fraseología que *paso por las tinieblas del Gólgota para escalar el Tabor de la verdad*. ¿Qué tal será ese Tabor?

16 de Abril de 86.

Era mi secreto. Mi corazon le tenía tan guardado que no quería confiárselo ni á mi conciencia. Ya no puedo ocultármelo. Le amo, si, le amo con todas mis fuerzas: esto sin duda es el amor. Pienso en Ricardo todo el día; de noche sueño con él. Si estoy en su presencia, no me atrevo á mirarle; si está ausente, deseo con ansia verle. ¡Fuera misterios! Ya sé que le amo. Las veces que me he visto al espejo, advierto en mis ojos una nubecilla, sutil como el viento, parda como el crepúsculo. A la hora en que sus pasos suenan en el vestíbulo mi corazon late con ímpetu, anunciándome su llegada, como campanilla secreta. Durante la leccion estoy ansiosa por que se acabe; cuando me despido de él en la puerta, me pongo triste; cuando está para irse le dirijo preguntas ociosas, vagas, baladíes, para retenerle un poco más.

Hoy se olvidó de traer su libro de texto, pidióme el mío; al punto que me lo devolvió, sin darme cuenta le entreabrí y; oh dicha! no estaba vacío, en él había una carta. Le cerré al instante. El no platicó conmigo segun su costumbre, apenas me saludó y fuése. Volé á abrir la esquila. La he leído y aun deletreado cien veces. Este es su contenido:

"En mi cáliz de agonía ha caído la primera gota de consuelo, ya que nos hemos comprendido. Me tocó abrir el alma de V. á la primera luz y al primer amor. [?] Si esto último es verdad, mi vida no será como hasta aquí un páramo sin oasis. Hay almas que se completan en la evolucion del universo á través del tiempo y el espacio. Sólo la de V. podrá integrar la mía."

Sí, sí, tiene razon. ¿Qué le contestaré? Ya he borroneado siete pliegos de papel y los he roto enfadada. ¿Quién es digna de escribirle á un caballero como éste? Creo que mañana tampoco traerá su libro y le prestaré el mío.

30 de Octubre de 87.

Ya no tengo ánimo de escribir en este cuaderno. Desde que tengo un confidente como Ricardo, me parecen amigas muy insípidas la pluma y estas hojas. Respecto á mis creencias religiosas todavía las lloro á ratitos, como que están vinculadas al recuerdo de mi madre. Pero, como dice Ricardo con mucha gracia, *las aves volaron*. Era preciso, no siempre han de vivir los pajarillos en el nido, cuyo destino es quedar vacío. Guardaba aún un resto de piedad, el amor á María, la madre de Jesus; pero Ricardo me lo ha quitado, como podía haberme robado una flor que yo trajese prendida al corpiño. Me dijo que la Virgen no era más que un ideal bellissimo, que en realidad no existe, como si dijéramos, el extracto de las más puras ideas, una concepcion esforzada de la mente. Desde entónces mi Virgen ha palidecido. ¿Para qué quiero una idea si tengo realidades? ¡Adios figura luminosa de amor maternal y celeste, que yo amé en otros días! Blanco ensueño ¡adios! No puedo despedirme de tí sin darte una lágrima.

El libro de texto sigue siendo el interme-

diario de nuestra correspondencia. Todo sucede en el mayor sigilo. Si llegara á oídos del Sr. Protector, que aun se muestra tan amartelado conmigo, la verdad de los hechos, opinó que me envenenaba. Leo y releo las cartas de Ricardo, y paso muchas horas bebiendo en ellas un néctar delicioso, como una sedienta sorbería las gotas que conservan en su hueco las hojas de las plantas despues de la lluvia, como el chupamirto liba la miel de las flores, suspenso en la fuerza de sus alas multicoloras en éxtasis aéreos: así está mi espíritu cuando las leo.

Necesitaba una amiga con quien conferir mis impresiones. He escogido á Juana Romero, porque aunque es de mal carácter y corazon dañino, tiene un pecho seguro como una tumba. Ninguna otra podía servir para el objeto: Lupe Vélez me guarda rencor y tal vez se vengara; Lucía Mastelero es frívola y ligera como una mariposa y habladora como un papagayo.

Enero de 89.

Ha un año y meses que no tocaba estos papeles; ya se ve, estoy tan fuera de mí, vivo una vida tan exterior. Es cierto que las relaciones con Ricardo ya no son para mí el raudal de fruiciones inefables que al principio, pero se han convertido en necesidad imperiosa. Son como un venero que ya no mana tan constante, tan rico, tan impetuoso como el primer día; pero sigue manando, acaso más cristalino. Hoy vuelvo á mis memorias, porque he recibido nuevas impresiones, que es fuerza echar de mí.

Ayer salí con Lupe Vélez á visitar á una su amiga y comimos en su casa. La dicha amiga, Doña Tránsito, es una monumental señora, gorda hasta la deformidad y picaresca hasta la otra banda. Habla, si es de vidas ajenas, como una taravilla. De sobremesa nos contó algo de su historia, y, aunque parece tener el corazon muy gastado, al recordar los días que fueron se transfiguró, se volvió sensible como una chiquilla y derramó algunas lágrimas.

Relató haber sido de una familia muy decente de Guadalajara. Eran tres hermanas, que quedaron huérfanas, tan hermosas que en la sociedad jalisciense todo el mundo las conocía por las *tres Gracias*. Su recogimiento y honestidad igualaban á su hermosura. Pero en mala hora un magnate liberal, alto, muy alto en el valimiento de los gobernantes, y cuyo nombre escuché con asombro, comenzó á hacerle la corte á Tránsito, la mayor de las *tres Gracias*. Tránsito no tenía más apoyo que su confesor, un santo sacerdote, que ahora es Obispo. Oí su nombre con admiracion. ¡Ha mucho tiempo que no oía hablar de un clérigo así! Tránsito le comunicó todo á su confesor y él se cerró á la banda, y comenzó á confortar á la desvalida jóven para que rechazara las seducciones de aquel prepotente. Se entabló la lucha. El poderoso insistía; el sacerdote disuadía á la muchacha; el galan decía requiebros, el confesor verdades, el uno daba regalos, el otro consejos y la doncella se sostenía como plaza fuerte. El liberalon, acostumbrado á amoreillos venales y fáciles, se rascaba la cabeza, no atinando con el secreto talisman que tan fuerte hacía á la huérfana. Un día supo que todo era por arte del confesor. Al siguiente aquel Padre salía desterrado de Guadalajara por decreto del gobernador sin que le hubiesen dado tiempo para metarse al bolsillo la caja de rapé. Tránsito se halló de la noche á la mañana sin consejero, ni sosten, desorientada y débil, resistió algunos días más para caer en breve. Despues... fué una hoja de Otoño, que los aires de la vida llevaron sin derrota fija y al azar. Ahora que ha envejecido se mantiene de comprar y vender trajes elegantes que desechan las aristócratas y adquieren las cursis, y acaso, acaso de proteger amores sin ventura.

Cuando volví al Colegio, aquel episcodio del sacerdote, que defendía á la huérfana y que los impíos quitaron de enmedio para que

les dejase el campo, revolotea en mi fantasia como un mosquito taimado, que zumba y zumba, sin que se le pueda ahuyentar. ¡Los clérigos sirven para el bien de una! y los otros, los otros ¡hum!

Doña Tránsito nos contó además que el Protector visita á unas beatas aristocráticas y que ellas lo ponen á rezar y lo obligan á dejarse prender al pecho medallas milagrosas, y él se deja, como son tan ricas y no quiere perder su privanza con ellas. Se lo referí á Lucía y se rió como epiléptica. A la hora en que D. Martin nos decía la semanaria predica de *instruccion cívica*, Lucía mascaba el panuelo para no soltar la risotada: era que se imaginaba á D. Martin arrodilladito, con los brazos cruzados, hundida la barba en el pecho, cerrados los ojillos y cubierto de medallitas como Luis Onceno. Otra nueva: D. Martin es prestamista, usurero y muy usurero. Esa flor le faltaba al ramo.

A Ricardo se lo dije todo, y me vedó la amistad con Doña Tránsito.

15 de Julio de 90.

Ayer le jugamos una mala pasada al Sr. Protector, tan mala que aun me lamo los labios. Como fué nuestra fiesta, vino á comer con nosotras, procuramos embriagarle en la mesa y lo conseguimos sin grande esfuerzo. Despues yo ideé que ejecutáramos con él una escena de *las alegres comadres de Windsor*, la del bosque. Lupe Vélez, Juana Romero, Lucía y otras iban vestidas de hadas. Yo que lo estaba de *Dama blanca*, le atraje á un salon bajo, que está abandonado y lleno de inmundicias. Con mil coquetuerías le hice que se dejara atar las manos con listones, y le derribamos en tierra. Estaba el pobre en un estado... Luego danzando á su alrededor y cantando aquello de

Pinchadle una por una,
Por su villano intento,
Y en torno de él girando,
Quemadle sin piedad...

le picoteamos con alfileres y le quemamos las barbas con las bujías, que nos servían para alumbrarnos en aquel antro. ¡Como reímos con sus gestos! Nuestro *Falstaff* resultó delicioso. Le dejamos por fin en el pavimento á que durmiese á su sabor. ¿Creerá que todo ha sido un sueño? Si no es así y se acuerda de quiénes éramos, le diremos que se nos trastornó el cerebro y no sabemos lo que hicimos.

¡Una noticia como un mundo! Lupe Vélez ha desaparecido, se fugó anoche del Colegio entre el ruido y alegrías de la fiesta y se cree, que hasta con el traje verde de hada, que le había prestado la directora.

20 de Septiembre de 90.

¿Qué es esto? Ricardo me había regalado un prendedor muy artístico para que lo estrenase el 16, una águila mexicana de oro con ojitos de rubíes y *nopal* de esmeraldas. Le guardé en mi cajoncillo secreto, vengo, no hay nada. ¡Me lo han robado! Lo cual no es raro, porque aquí se roban desde los jabones hasta las alhajas. Pero ¿quién? El secreto de esta cerradura sólo era conocido de Juana Romero, mi confidente. ¿Ella sería? No puedo creerlo. Corro, escudriño todos los objetos que ella guarda. Ahí está el prendedor. Infame ladrona, me la pagará. Yo descubriré sus miserias. Vuelo á decirle á la directora que Juana encubrió los amores de Lupe Vélez, amores que terminaron con la fuga, que ella la instigó á huirse. El incendio cunde, la denuncia que he hecho se propala por todo el Colegio, profesoras y alumnas increpan á Juana, la improperan, la befan, la hacen llorar. ¡Estoy vengada!

¿Vengada? ¡Perdida! A las dos horas se presentan en mi cuarto Protector, directora, profesoras y alumnas con gran aparato judicial.—Abra V. el secreto de esa mesita de noche—me dice el Protector autoritativamente. Siento que el alma se me va, (debo haber abierto mucho los ojos y palidecido mucho.)

—No puedo hablar.—; Nunca! murmuro entre dientes.—Nosotros lo romperemos—dice el Protector. Lo veo descerrajar mi cajoncito, revolver mis objetos, hallar el puñado de cartas de Ricardo, todo como se ve un sueño fatal. Me arrojan una horrible injuria al rostro, se van y se las llevan. Juana Romero se ha vengado, yo me quedo blasfemando como una energúmena. ¿Qué será de mí?

29 de Septiembre de 90.

Ricardo no ha vuelto á su cátedra. Yo he procurado llorar sólo á hurtadillas, pero este corazon femenino me ha traicionado á veces y una granizada de insultos y reproches ha respondido á mis lágrimas. Me cuentan que Ricardo, avergonzado de que hayan descubierto nuestras relaciones, ha huido de la ciudad. A mí ver lo habrá hecho más que por vergüenza, por temor á D. Martin que puede perjudicarlo mucho. Quedo, pues, sola á recibir todas las iras y todas las venganzas. ¿Qué será de mí? Mi inquietud es indescriptible. No puedo dormir un minuto. A la hora de comer si llego á tomar un bocado, se me atraganta, y lloro y todo se me va en llorar. ¡Oh suerte de la mujer que nació para amar, aunque el amor la manche, aunque la asesine!

Desde el día en que me hallaron las cartas no he visto al Protector, ni quiero verle. No sé lo que me hará. Entre tanto todas se escandalizan de mí como fariseos. ¡Hipócritas! Huyen de mí como de una apesada. Cuento las horas que pasan como un condenado á la pena capital. Mi historia se comenta corregida y aumentada en todos los ámbitos del colegio. Si yo pudiera cantar ahora, como Lucía cuando asistí á la clase de gimnasia:

Mírame con compasion,
No me dejes, Madre mía.

Ya no es tiempo. Esa *Madre mía* es un *ideal* desvanecido. En cambio ¿cuanto me acuerdo de tí, madre que me diste el sér! Pero dicen que tú eres ya polvo y no más que polvo.

6 de Octubre de 90.

Heme aquí expulsada del Colegio de San Amor y en las cuatro esquinas como suele decirse. Estoy perdida, enteramente perdida. Ahora comprendo todo el mal que me hicieron en esa escuela infame. Tengo casi veinte años, pasé cinco de educanda y no sé dar una puntada, ni hacer apenas algo de labores domésticas. Seguí dos cursos de Francés y dos de Inglés y no sé decir más que unos cuantos nombres de modas y saludos y lo que debía gritarles todo el mundo á los educadores de aSn Amor: *Go to h. . .*

Estudié también Matemáticas, Física, Química, Historias natural, general y patria, Pedagogía, Derechos de todos, Política, Sociología y qué sé yo. . . y no tengo más que un caos en la inteligencia y otro en el corazon. Por añadidura estoy enferma de un mal incurable en el cuerpo y de otro en el alma. Hace en mí rápidos progresos la tuberculosis, adquirida como resultado de mi primera leccion de gimnasia. Mi carencia de fé es absoluta, la mataron por completo mis maestros y amigos: por eso me siento languidecer horriblemente, mi nostalgia no tiene límites, mi alma vive en tinieblas y me voy aniquilando como sucedería con las plantas si el sol para siempre se extinguiera. Yo veo que hasta la mujer de un mendigo tiene toda la vida un hogar abierto, el templo, una amiga cariñosa, la Virgen María, un confidente eterno, Jesus Sacramentado. Yo estoy más pobre aun, ni templo, ni Virgen ni Jesus, porque no creó. Esta sí que es soledad, la de mi espíritu, este sí que es desamparo.

No han corrido mejor suerte las que salieron de mi Colegio ántes de mí. A Lupe Vélez la ví pasar el otro día en coche simon, acompañada de amigas, vestida de blanco, con zapatillas de raso azul bordadas de oro y el rostro embadurnado de pintura. ¡Pobre sér que entregaron á las fauces del abismo! La emanciparon enteramente.

Lucía Mastelero da clases y se dedica actualmente al *sport*. La otra mañana que pa-

ra divertir mis tristezas y mi hambre salí á pasear por las afueras de la ciudad, la encontré vestida de abombado calzon azul hasta la rodilla, con blusa roja y gorrillo de *jockey*, en una excelente bicicleta, veloz como un pájaro y liviana como el viento. ¡Oh! la nieta de la Marquesa de los Espinos, que era la modestá misma, que se enrojecía de vergüenza si la punta de sus chapines asomaba por la fimbria de su ropa, *batiendo el record* á los más enjutos marimachos de Norteamérica. Estas cosas sólo las produce el colegio de San Amor.

A la vuelta del paseo ví á un niño pordiosero que besaba la mano de un sacerdote y se reía muy festivo con su harapienta madre, porque el eclesiástico le había dirigido una palabra cariñosa. Las lágrimas se me agolparon á los ojos. Sí, cuando ménos tengo fé en una cosa, en la existencia del infierno; cuando una halla que viven impunemente, ricos, gloriosos y felices séres como D. Martin y sus satélites, que dañan y arruinan á las desvalidas muchachas que el hambre puso en sus manos, se siente precisada á creer que hay un infierno. Es necesario."

(Continuará)

VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

XXIX

A mi esposa en su día onomástico.

Si pudiera expresar, esposa mía,
Cuanto mi alma enamorada siente,
Mi canto en este día
Igualara al murmurio de la fuente,
Con suavísimas notas de armonía.
La ternura infinita que atesora,
En lánguidos sonidos transformada,
Brotaría arrulladora,
Como el trino del ave en la enramada
Al despuntar la sonrosada aurora.
Tú sabes que mis sueños de ventura
Viven con el calor de tus caricias;
Que tu sonrisa pura
Llena mi amante pecho de delicias,
Y ahuyenta mi penar con su dulzura.
Por esto, ansioso el corazon quisiera
Hablarte en su lenguaje melodioso,
Para que el tuyo viera
Que mora en su recinto misterioso,
Indeleble tu imagen lisonjera;
Mas el cariño inmenso que me encanta
Enmudece las cuerdas de mi lira,
Y mi pasion es tanta
Que no puedo decir lo que me inspira,
Y se extingue la voz en mi garganta.
Pero ya que mi númen impotente
A comprender al corazon no alcanza,
Oye mi voto ardiente:
Siempre ciña risueña bienandanza
Con blancas flores tu serena frente;
Leda posa tu planta en este suelo
Sin temer que te hieran sus abrojos,
Porque he pedido al cielo
Que enjague el llanto de tus dulces ojos,
Y nunca te marchite el desconsuelo.

XXX

Cuando me veo en la linfa trasparente
O en el terso cristal de limpio espejo,
Sin quererlo se asoman á mi frente
Las nubes del pesar que el alma siente,
Y desviando la faz pronto los dejo;
Pero al mirarme en el sereno campo
De tus pupilas bellas,
Desaparecen del pesar las huellas
Y la dicha reemplaza á los enojos,
Si han de salir al rostro las señales
De lo que el pecho guarda con cerrojos.
Para nunca mirar mis propios males,
No quiero más espejo que tus ojos.

XXXI

HORAS DE ESTIO.

Nacé la luz del día en el Oriente
Despertando la vida por do quiera,
Trina el ave en el bosque y la pradera,
Y murmura el arroyo alegremente.
Brillan las gotas de agua en los cogollos
De los maizales verdes y lozanos,
Y en los cerros fragosos y los llanos
Se cimbrean en su tallo los pimpollos.
Al ambiente no empaña la calina,
Tul purísimo envuelve las montañas,
Y el humo que desprenden las cabañas
Se alza en espira leve y azulina,

La golondrina canta y aletea,
Mugan los toros, braman los becerros;
Ladran los bravos y robustos perros,
Reincha el brioso potro y escarcea.
El labrador, al hombro la coyunda,
Y en la callosa mano el largo otate,
Marcha hollando las flores y el zacate,
A dar á su sembrado la *asegunda*.

En el límpido azul del anecho mundo
Alumbra el sol magnífico y radioso,
Y su rayo descende presuroso,
Y la atmósfera abrasa en un segundo.
En la sombra del fresno se guarecen
La cigarra que alegre da chirridos
Y la torcaz paloma de sentidos
Y amorosos arrullos que adormecen.

Lánguidas mecen sus flexibles frondas
El álamo y el sauce junto al río,
Y éste ruge encrespándose bravío
Y azotando las peñas con sus ondas.
Nubla el cielo una nube cenicienta,
Luego otras, y muchas á millares;
Sopla Eolo en los pinos seculares,
Y se desata recia la tormenta.

Corre el agua tranquila en los collados,
O forma al deslizarse en la cañada,
Impetuosa y sonante la cascada,
Que inunda y arrebatá los sembrados.
Los caminos se truecan en torrentes;
Mil riachuelos los campos ledos riegan,
Y entre los surcos, triscadores juegan,
Y mueren de los ríos en las crecientes.

Pasa la lluvia; el zafir del cielo
Vuelve á ostentarse puro y sin celajes,
Y en el verde crespon de los boscajes
Torna el sol á extender su rico velo.
Decree el día: las nubes del Ocaso
Se pierden trás los montes, silenciosas;
Y al divisar las sombras pavorosas,
Saluda el buho de la noche el paso.

XXXII

RASGO DE ELOCUCIONIA.

—¿Me amas?, decía Laura á Federico.
—¿Qué pregunta! te quiero como nunca,
Mira, para expresarme no soy ríco
En palabras; mi númen siempre trunca
A lo mejor la voz de mis querellas;
Pero ¿si vieras lo que siento en mi alma
Cuando me miran tus pupilas bellas!
—¿Qué sientes, Federico?; ¿dulce calma?;
¿El tierno palpitar del ave amante
Que arrulla carillosa á su adorada?;
—No sé cómo explicarme en este instante. . .
No sé lo que me causa tu mirada.
—Dilo, mi bien, (No sé lo que yo siento.)
¿Ansioso el corazon por mí palpita?
—Pues lo diré, espérame un momento. . .
(¡Oh! musas, ayudadme en esta cuita.)
Siento en mi pecho la sin par ventura
De cuando oigo á la fámula que bate,
Estando yo del hambre en la tristura,
El caliente y sabroso chocolate.

XXXIII

¿Lo escribiré? ¿Os lo diré, señores?;
Ya alarman al Parnaso los gemidos
Y los roncos y tétricos berridos
Que lanzáis de su falda á los redores.
Siempre andáis entre llanto y sinsabores,
Y *desengaños negros* nunca oídos;
Vierten hiel vuestros versos relamidos,
Y morís *de la vida en los horrores*.
Quien ignore, pesados bachilleres,
Que si habláis de dolor todo es mentira,
Y vuestro llanto es llanto de mujeres,
Se afligirá escuchando. . . vuestra lira;
Pero el que no, de vuestro canto en mengua,
Se reirá del vibrar de. . . vuestra lengua.

(Continuará.)

PROTECCION DE MARIA.

LA VIRGEN DEL CANASTILLO.

La noche había desplegado sus alas sobre la tierra, la espesísima bruma que hacía algunos meses cubría la antigua villa del Ferrol, era cada vez más densa, y ningun otro sonido que los lamentos de los moribundos y los gritos de los deudos repetía el eco lejano.

La calamidad que referimos sucedió á principios del siglo XV: en esta época el Ferrol se hallaba reducido á un grupo de casas reunidas al rededor del convento de San Francisco, como un grupo de mirtos y rosales que ha nacido al pie de un secular ciprés.

Despues de algunas horas de silencio y oscuridad se oyeron los melancólicos golpes de una campana, y un farol atravesaba las sombras: un anciano sacerdote iba á llevar el último auxilio á las almas que se despedían

del mundo. Después de haber recorrido gran parte de aquel conjunto de casas llegó el ministro del Altísimo á una pobre habitación, fatigado y casi sin voz. En un miserable lecho se encontraba una anciana que, después de haber asistido á muchos epidémicos, quiso Dios que también pagara ella su tributo. Al lado de la cama se encontraba su hijo, que con fervor rogaba por su querida madre. El sacerdote, pálido y sudando, se acerca al lecho, quiere hablar y no le es posible, flaqueánle las piernas y cae exclamando: "Cúmplase tu voluntad, mi Dios; no abandones á mis amados hijos."

Hacia dos meses que la epidemia sembraba la desolación en el Ferrol, y todos los sacerdotes, víctimas de su deber, habían sucumbido; todos habían precedido al anciano Párroco que acababa de exhalar el último aliento.

La enferma llora, se abraza de su hijo, y le indica corra al convento para que vayan á asistirle. Corre el hijo desesperado, rogando con fervor al Dios de las misericordias la tuviese de su madre. Los Religiosos cantaban en aquel momento las letanías de los Santos implorando clemencia para el pueblo. Hácenlos sabedores de la muerte del Párroco y último sacerdote, y resuelven salir inmediatamente en procesion llevando en andas la Imágen de la Virgen de las Mercedes. No es de explicar las escenas que presenciaron los Religiosos en el curso de la procesion. De todas las puertas y ventanas salían gritos de misericordia, y la gente se asociaba á la procesion cantando con verdadero fervor el *ora pro nobis*. El jóven no acertaba á separarse del lado de la santa Imágen, y á ratos exclamaba: "Virgen santa, devuélveme á mi madre... soy pobre, pero todas las flores del jardin serán para tí." Dios escucha la plegaria que sale de un corazón humilde. Al pasar la procesion por delante la casa de la enferma suben dos Religiosos para auxiliarla y retirar el cadáver del Párroco, y quedan pasmados al ver á la anciana restablecida y puesta de rodillas orando por el alma de su buen pastor. La epidemia cesó, y el pueblo recobró la calma y tranquilidad. El voto del jóven se hizo extensivo á todos los moradores del Ferrol; así es que ni un solo día en todo año el faltaba un canastillo de odoríferas flores ante la Santa Imágen.

Hace nueve años el pueblo ha olvidado su voto, y sólo alguna mujer *fanática* acude á los pies de la Imágen y le ofrece alguna que otra flor. El ciprés ha desaparecido, y ¡ay! que los mirtos y rosales tal vez se conviertan en espinas y abrojos!

P. V. y V.

LA MUÑECA.

En una noche de Enero una niña pordiosera, con los pies casi desnudos, con las manecitas yertas, cubriendo, á modo de manto, con su falda la cabeza, y sin temor á la lluvia que más cada vez arrecia, contempla, extasiada y triste, el interior de una tienda que por su gusto en juguetes es en Madrid la primera.

—¿Qué haces aquí? le pregunta, con voz desabrida y seca, un dependiente, empujando á la niña hasta la acera.

—¡Déjeme usted! ¡Si es que estaba mirando aquella muñeca!

—¡Vaya! Retírate pronto y deja libre la puerta.

—Dígame usted. ¿Cuesta mucho?

—¿Quieres marcharte, chiqueta?

—¿Será muy cara, verdad?

¡Lo que es como yo pudiera!...

—¡El demonio de la chica!

¿Pues no quiere comprar ella?

Lárgate á pedir limosna y déjate de simplezas.

La muñeca que te gusta vale un duro, conque ¡fuera!

Marchóse la pobre niña ocultando su tristeza.... En vano pide limosna.... Ninguno escucha sus quejas.... Y desfallecida y débil cruza calles y plazuelas recordando en su amargura la tentadora muñeca.....

¡Caballero, una limosna á esta pobrecita huérfana!

—Déjame, que voy de prisa.

—¡Por Dios, señor! ¡Aunque sea un céntimo!... ¡Tengo hambre!..

—[¡Pobre niña! ¡Me da pena!] Toma.

—¡Señor! ¡Si es un duro!

—Te lo doy para que puedas, siquiera por esta noche, tener buena cama y cena.

—¡Déjeme usted que le bese la mano!

—Quita, tontuela.

—¡Que Dios se lo pague á usted!

¡Un duro!... ¡Estoy más contenta!..

¡No será falso, verdad?

—¡Cómo, muchacha! ¡Tú piensas?..

—No, señor.... perdone usted....

Pero.... ¡vamos!... la sorpresa...

¡Si voy á volverme loca

de alegría!... ¡Quién dijera?..

¡Que Dios le premie en el mundo

y le dé la gloria eterna!

.....

Y apretando entre sus manos convulsiva la moneda, corrió por la calle abajo veloz como una saeta.

A la mañana siguiente se comentaba en la prensa el hecho de haberse hallado en el quicio de una puerta, ¡el cadáver de una niña abrazando á una muñeca!

PIO IX.

I

ALLA por el año de 1846 un carruaje de camino rodaba lentamente por la carretera que desde una de las Legaciones romanas conduce á la capital del mundo católico. El interior de aquel carruaje era ocupado por una dama anciana y un prelado jóven: en la fisonomía de entreambos personajes había ciertos rasgos comunes, por los cuales se podía adivinar que la dama era la madre del prelado. Entre aquellos rasgos el que más se distinguía era la bondad. Por lo demás y concretándonos al sacerdote, tendría escasamente cincuenta años, aunque quizás aparentase ménos: su rostro era redondeado, su frente elevada, su mirada dulce; y en su boca se veía impresa una de aquellas sonrisas que vanamente se buscarían en los labios lívidos del hombre atormentado por el remordimiento, ó aún tan sólo por la intranquilidad de su conciencia.

Nuestro viajero llevaba un traje de camino ribeteado de color de grana: su madre vestía completamente de negro. La conversacion de entreambos versaba acerca de la muerte

del pontífice último, Gregorio XVI y de las formalidades prescritas para la eleccion del sucesor, que debía verificar el cónclave de cardenales.

A menudo el postillon, que sin duda estaba enterado de la prisa que traía el cardenal, azotaba los caballos del tiro, pero entónces el prelado asomaba la cabeza fuera de la portezuela y ordenaba llevar un paso más moderado, cual convenía á los achaques y avanzada edad de su idolatrada compañera de viaje.

La madre del prelado era feliz como puede serlo aquella que se vé cuidada por un hijo virtuoso, elevado por su talento á príncipe de la Iglesia. Y sin embargo ¡cuán distinto parecía ser su destino en los primeros años de su juventud, cuando vestía el uniforme de los guardias nobles, ó cuando en Chile corría tras el martirio, frecuente término del noble misionero!

Al cabo de algunas horas de camino, se detuvo el carruaje en un parador, y se apearon nuestros viajeros. El sacerdote prodigó toda suerte de atenciones á la anciana, y en seguida se enteró del estado de los asuntos de Roma. Las noticias que pudo adquirir lo determinaron á proseguir solo, para hacerlo con mayor rapidez, el camino, lo que comunicó á su madre, sin perjuicio de que ella lo verificase con toda comodidad, pues siempre llegaría á tiempo para asistir á las fiestas que se hacían en Roma por la exaltacion del nuevo Pontífice.

En la determinacion del jóven prelado, entraba por mucho una curiosidad casi infantil: nunca había asistido á la eleccion de Papa alguno, y no quería perder aquella ocasion de presenciar unas ceremonias que se practican muy de tarde en tarde.

Convino la buena madre en la resolucion de su hijo, y se despidió de éste, recabando de él la fácil promesa de que la acompañaría en cuantas funciones se celebrasen dentro de poco en la ciudad de las siete colinas.

El prelado partió con efecto, y la anciana que como toda persona feliz deseaba participar de la alegría ajena, quedó pensando en la justa satisfaccion que le caería á la madre del Pontífice que resultase elegido, es decir, la madre del soberano que tiene el trono más alto del universo. Empero este pensamiento no produjo en ella, ni aún asomo de celos: era un rasgo de admiracion anticipada, y por ningun concepto la rastrera envidia.

En cuanto al prelado llegó, velozmente á Roma y se encerró inmediatamente en el cónclave, á tiempo que más empeñada estaba la eleccion.

II

Cuando se halla reunido el cónclave de cardenales para elegir Pontífice, es costumbre del pueblo roma-

no dirigirse á los alrededores del palacio donde tiene lugar la eleccion, y á una hora dada fijar los ojos en el extremo del cañon de una chimenea, por la cual, á poco rato, se ve salir una ligera nube de humo negro. Esto quiere decir que verificado el escrutinio de votos, ningun candidato ha reunido el número suficiente, y que por consiguiente Roma y el mundo católico carecen aún de Papa.

En este caso los votos son quemados, y el humo producido por la pequeña llama es la señal que anuncia al pueblo la continuacion de la vacante.

El día 17 de Junio de 1846, la plaza del Quirinal se hallaba aún más invadida que de costumbre por el pueblo romano y por los viajeros que de todas las partes del mundo acuden á ella para admirar las maravillas del arte católico. Un vago presentimiento, un rumor sin explicacion había hecho creer al vecindario de Roma que muy en breve conocería á su nuevo soberano. Todo eran suposiciones y cálculos probables para dar á conocer anticipadamente el elegido.

En medio de tantos grupos se distinguía á una dama anciana sumamente inquieta de la lentitud con que procedían los cardenales, lentitud que la tenía separada de su hijo, cuya presencia era para ella una necesidad impuesta por su amor de madre.

Cuando los relojes de Roma anunciaron haber llegado la hora del escrutinio, una evolucion unánime tuvo lugar en la gente de la plaza: los ojos de todos los espectadores se fijaron en la chimenea; contáronse los minutos: uno, cinco... diez... El humo no salía.

Entónces un rumor uniforme circuló instantáneamente por todos los labios: ya tenemos Papa, decía la multitud congregada y en todos los semblantes quedó pintada la ansiedad.

De repente un silencio sepulcral sucede al general murmullo: el martillo de oro del cardenal camarlengo acababa de herir desde el interior del palacio el tapiado balcon desde el cual debía ser presentado al pueblo el nuevo Pontífice. A cada martillazo tenía lugar un movimiento brusco entre el pueblo, cual si una mano invisible viniera á herir el suelo causando uno de esos sacudimientos propios de un terremoto. Cayó por fin el débil tabique, y apareció en el balcon del Quirinal un prelado, armado todavía del martillo de oro, exclamando:

—*Papam habemus!*

—*Papam habemus!*—exclamaron veinte mil voces á un tiempo. Un minuto despues Roma entera repetía la misma palabra, dirigiéndose todos sus vecinos á la plaza ó sus alrededores, para asistir á la presentacion del Pontífice, ó tener noticia de su nombre más prontamente.

—¿Si será Gvichi el elegido?—decían unos.

—Quizás Altiere,—decían otros.

Y cada cual citaba nombres de cardenales segun su deseo y las probabilidades que se traslucía concurrir en ellos dentro del encerrado conclave. La anciana madre del joven prelado no tenía el gusto de oír repetir el nombre de su hijo, ni aún como electo difícil. Ya se vé, ¿quién se iba á acordar de un cardenal que era de los más jóvenes del Sacro Colegio?... Sin embargo, la pobre mujer no pudo contener un suspiro.

¡Qué madre no cree á sus hijos aptos para todo!

Estos pensamientos preocuparon á la anciana dama, cuando de improviso se sintió arrastrada por la multitud en direccion al palacio. Aquel empuje de todo un pueblo era efecto de que la comitiva del Sacro Colegio empezaba á desfilar para hacer la presentacion del Papa. La pobre mujer, prensada, magullada por la muchedumbre, en vano levantaba los ojos al balcon: el gentío obstruía el paso de su mirada, y únicamente veía las cabezas de los romanos, que la tenían como aprisionada en la plaza.

Un grito supremo de curiosidad satisfecha saludó la aparicion del nuevo Pontífice.

—¿Quién es el Papa?—preguntó la anciana dama privada de verle.

Veinte mil voces se encargaron de contestar á esta pregunta. El pueblo pronunciaba con sorpresa y júbilo á un tiempo, el nombre del cardenal MASTAI FERRETTI.

La dama prorrumpio en un grito agudísimo y cayó desmayada en brazos de los curiosos. Acababa de oír pronunciar el nombre de su hijo.

Algunos momentos ántes, uno de los cardenales había preguntado respetuosamente al elegido:

—¿Qué nombre desea tomar Vuestra Santidad?

—Pío IX.

Quizás al darse á conocer al mundo con este nombre de Pío hecho célebre poco antes gracias á la política perseguidora del primer Napoleon, tenía el cardenal Mastai un secreto presentimiento de que un día el Emperador de Francia se habría de llamar Napoleon III.

EL HOMBRE MODERNO.

¡AL TREN PASAJEROS!

1ª ETAPA.

En el cielo qué arreboles!
En el suelo qué reflejos!
En el monte qué frescura!
En el prado qué embeleso!
Ya las mariposas cruzan,
Ya murmura el arroyuelo,
Mientras viste ricas galas
El lirio y clavel del seto.
Despliega el pavo las plumas
En incierto contorneo,

Sin cuidarse de los trinos
Que en no aprendido concierto
Entonan los filarmónicos
Toches, turpiales, jilgueros,
Mientras la gallina anuncia
Con alegre cacareo
Que para el nene dichoso
Ha dejado un blanco huevo.
A todo esto á guisa de ángel
En blanco cendal envuelto
La madre al infante arrulla
Y estampa en su frente besos,
Y riega en sus faldas flores,
Y lo alimenta á sus pechos,
Y le llama su tesoro,
Su prenda, su amor, su cielo,
Y en resguardarlo de males
Pone solícito empeño.

El nene á los seis abriles
Tiene de hombre los ensueños;
Al comercio se aficiona,
No desdeña los dineros,
Finje enojos, finje agravios
Y ya en guerra lo tenemos
Y á montones caen víctimas
De hojalata los muñecos;
A todo esto al caballico
Que al principio tuvo miedo,
A la postre, haciendo escala
De los bordes del alero,
Trepando airoso con su espada
Y le alarga ó tira el freno
O lo vuelve á la redonda
Y aun lanzarlo á lo léjos
Si su madre de la sogá
No tuviera el un extremo.
Qué alegre viví! mas gritan
Al tren, al tren, pasajeros.

Pita el tren! Adios infancia,
Adios juguetos, ensueños;
Adios arreboles de oro,
Adios de dicha veneros;
Adios soldados del alma
Que quedais allí maltrechos
Regados por la campiña
O en la caja prisioneros.
El tren parte, los perfumes
De nueva estacion, viajeros,
Ya se sienten que transforman
En personas, los muñecos.

2ª ETAPA.

Nuevo cuadro: es un encanto
La estacion: y los viajeros
Llegan á un campo de goces
De ilusiones y embelesos.
Qué jardines tan amenos!
Qué juguetonas las linfas!
Y qué embriagantes los céfiros!
Compiten en los verjeles
De la amapola los fuegos
Con los del clavel y rosas.
Una entre todas, su pétalo
Ostenta fresco y airoso
Coronando el cáliz bello
Que al soplar del cierzo inclina
Al encantado viajero:
La toma éste y en delicias
Se inunda su ardiente pecho,
Se embriaga con sus perfumes,
Le extasían sus reflejos
Y para mejor gozarlos
Entre arbustos y entre helechos,
Se forma rústica estancia,
Nido á la envidia encubierto,
Saludado por los pájaros
Y recreado por los céfiros.
Y se deslizan los años
Cual de límpido arroyuelo
Corren las tranquilas linfas
Entre vergeles risueños;
Sin que al Dios que sus favores
Con él departe benévolo
Levante oracion humilde
Ni reconozca por dueño.
Para qué? Quizás un mito
Sea Dios; su ley un freno
Puesto á los goces que brinda
Libertad á sus adeptos;
Libertad!... Pero qué voces

Turban hado tan benéfico?
¿Quién se atreve?—Soy el tiempo.
¡A los carros, pasajeros!

Adios estacion dichosa,
Adios porvenir risueño,
Adios libertad del alma,
Adios amores sin término.

3^a ETAPA.

Preciso es seguir, los campos
Mustios están y á lo léjos
Campañas hay asoladas. . . .
Aquí y acuyá trofeos
De los héroes y pirámides
Mutiladas por el tiempo:
Ya llegamos. . . . Mucho ruido,
Incansable movimiento,
Ciudades que se levantan.
“¡Paso á la filantropía!
—Se escucha—paso al progreso!
La libertad! prosternaos!
Ante la ciencia postrémonos!”
Y los hombres se devoran
Y hermano al hermano el seno
Traspasa por arrancarle
Placeres, honra, dinero. . . .
En tanto miro marchito
El fruto de mis anhelos;
La ántes purpurina rosa
Una por una perdiendo
Sus pétalos y sus hojas
Ya semeja un esqueleto.
Desgracia! nombre fatídico!
Atrás! la dicha busquemos:
Aquí está! los gritos se oyen
De la turba que el contento
Busca entre copas y orgía:
Entre la turba lancémonos:
Como ella, de gala ornados;
Sin ley, sin Dios y sin freno.
De la conciencia importuna
Desconozcamos los fueros
Y de libertad al grito
Las cadenas destrocemos. . . .
Más qué escucho? Todavía
El grito: *Al tren, pasajeros.*

4^a ETAPA.

Ya mis piernas no soportan
De mi obesidad el peso;
La máquina está gastada,
Torpes son mis movimientos
Y el ayer jóven lozano
Es hoy gastado esqueleto.
La vejez! todo está dicho;
Ya mis planes fenecieron,
Para gozar ya no hay fuegos
Y el sufrir me agobia fiero;
Dó acogerme? restos quedan
Del festin: quizás hallemos
Bajo las cenizas frías
Alguna chispa de fuego.
A buscarla tembloroso
Voy; mas escucho: *Viajeros,*
Al tren, que el término llega
De la vida! Mas, que término!

FIN.

Allá en el bosque sombrío
Que ciprés de triste agüero
Cerca, á columbrar empiezo
Precipicio atroz, horrendo—
Filantropía, socorro!
Exclamo—aquí del progreso!
Y en sonora carcajada
Responde estridente el eco.
—Para, conductor, la máquina;
Tente, no ves?—Sí, lo veo;
Pero llegar es preciso.
Este es del vivir el término.
—Y para hundirnos, Dios justo,
Nos infundiste tu aliento?—
—No, yo fabriqué el abismo
Tan sólo para tu cuerpo;
Tú quisiste hundirte todo,
Se han cumplido tus intentos.

Si soy pobre en mi vivir
y de mis males cautivo,
más pobre naé que vivo
y más pobre he de morir.

Quevedo.

PIADOSO ENGAÑO.

ALEGRATE, abuelita. He recibido carta de Andrés anunciándome su próxima llegada. He venido á prevenirte para que su presencia no te cause demasiada impresion.

La pobre ciega palideció y trató de sonreír, pero en vano; una nube de tristeza oscureció su frente.

Buscó á tientas las manos de su nieta y las estrechó en silencio contra su corazón.

—¡Pobre hija mía!—murmuró.— Los médicos te han dicho que mi vida se extinguía por momentos, que la muerte se impacientaba ya á mi puerta, y te has apresurado á llamar á tu marido para que te ayude á cerrarme los ojos. ¿No es verdad?

—¡Por Dios, abuelita! ¡Qué cosas se te ocurren! El doctor en su última visita me ha dicho que estabas mucho mejor de lo que tú suponías; ántes de dos semanas podrás ya salir al sol á dar un paseito apoyada en mi brazo.

—No, Margarita, no me hago ilusiones. Han volado tan léjos, que no es fácil que las pueda alcanzar. Además, ¿cómo podrías explicar de otro modo esta vuelta repentina de tu marido?

—¿Has olvidado ya que tenía anunciado su viaje por este tiempo?

—Es posible, hija mía. . . . ¡Los viejos tenemos tan flaca la memoria! Una cosa no se me olvidará nunca, sin embargo.

—¿Y qué es ello, abuelita?

—Lo que hace poco me dijeron con respecto á Andrés. Malas lenguas se complacieron en repetirme que tu marido no se conducía contigo como debe conducirse un buen esposo; que era ligero y casquivano; que tú sufrías las consecuencias de sus faltas. . .

—¡Bah, bah! ¿Y no te han dicho también que me maltrataba y que me tenía abandonada? Tonterías y paparuchas que inventan los desocupados.

La enferma estrechó de nuevo las manos de su nieta.

—Júramelo, hija mía—dice en tono solemne;—júrame que no hay nada de verdad en todo cuanto por ahí se dice. Júrame que estáis tan unidos y que os queréis tanto como el día en que se enlazaron ante el sacerdote vuestras manos y vuestras existencias.

Margarita, dirigió una mirada de angustia al Crucifijo que pendía á la cabecera de la moribunda, como pidiéndole valor para seguir mintiendo.

—Aquel día, abuelita—dijo al fin con voz débil,—fué el primero de nuestra felicidad. Desde entonces Andrés y yo no hemos dejado de amarnos ni un solo momento.

—No deseo más que creerte—respondió la ciega.—Si te creyese, ¡qué peso tan grande me quitarías de encima!

—Vaya, vaya, abuelita, tranquilízate y descansa un poco. Ya sabes que el médico te ha recomendado el reposo y el sueño.

La enferma se durmió.

Margarita, sentada en un sillón en la alcoba callada y oscura, siguió con oído atento los débiles rumores que llegaban de la calle, estremeciéndose cada vez que oía rodar un coche.

¿Cumpliría Andrés su promesa? ¿Acudiría á su llamamiento? ¿Habría olvidado ya que la pobre anciana estaba irremisiblemente condenada y que su vida podía extinguirse de un momento á otro como una luz á la que falta aceite?

Y la desgraciada mujer vió pasar por su imaginacion la consulta desconsoladora de los médicos, su marcha precipitada en un coche de punto, su brusca entrevista con Andrés, en la que obtuvo al fin la promesa de su cooperacion en el engaño piadoso que preparaba. . . .

Por media hora, por media hora tan sólo, olvidarían que se detestaban, que los tribunales están á punto de decretar su divorcio, que existía entre ellos un abismo de fango. La escena sería muy penosa para los dos; pero al ménos, la pobre vieja moriría tranquila.

Incorporóse la ciega en su lecho y agitó sus manos descarnadas.

—Me ahogo, Margarita, me ahogo. . . . Dame la medicina. . . . ¿Y Andrés? ¿Y tu marido? Bien ves cómo tenía razon. No viene, no; no viene. . .

Una criada abrió la puerta.

—El señorito Andrés dice si puede entrar—dijo á media voz.

—¡Andrés! ¡Andrés ha llegado, abuelita!—exclamó Margarita poniendo alegría fingida en su voz.—Me permites que salga á recibirle, ¿verdad?

Salió precipitadamente á buscar á Andrés, y, fingiendo loca alegría, le arrastró hasta la alcoba de la enferma.

—¡Aquí está! ¡Aquí está ya, abuelita!—Ya no nos separaremos nunca. ¡Oh, dichosos empleos, que obligan á un marido á estar tanto tiempo separado de la mujercita de su alma! . . .

Andrés se aproximó al lecho en que agonizaba la pobre anciana y, maquinalmente, se arrodilló.

—Aquí estoy, sí, señora, aquí estoy.

Y los dos esposos, postrados de hinojos al pie de aquella cama, oyeron una voz cavernosa y débil, que parecía venir ya de otro mundo:

—Amos mucho, hijos míos, amos mucho—les dijo aquella voz;—yo os veo así juntos y felices, y muere contenta. . . .

Un silencio angustioso siguió á estas palabras. La pobre anciana acababa de morir, y en su sereno rostro se pintaba la placidez de aquel pos-

trer momento.

Entonces los dos esposos se levantaron.

—¿Deseas algo más?—preguntó Andrés.

—Nunca olvidaré—respondió Margarita—que has sabido cumplir tu promesa.

Y, después de un ligero saludo, se separaron para no volver á juntarse más en la vida.

RIMA.

I

En el libro lujoso se advierten
las rimas triunfales,
Bizantinos mosaicos, pulidos
y raros esmaltes;
fino estuche de artísticas joyas,
ideas brillantes;
los vocablos unidos á modo
de ricos collares,
las ideas formando en el ritmo
sus bellos engarces,
y los versos como hilos de oro
do irisadas tiemblan
perlas orientales.
¡Y mirad! En las mil filigranas
hallareis alfileres punzantes:
y en la pedrería
trémulas facetas
de color de sangre.

II

Amada, la noche llega,
las ramas que se columpian
hablan de las hojas secas
y de las flores difuntas.
Abre tus labios de ninfa,
dime en tu lengua de musa,
¿recuerdas la dulce historia
de las pasadas venturas?
¡Yo la recuerdo! la niña
de la cabellera bruna,
está en la cita temblando,
llena de amor y de angustia.
Los efluvios otoñales
van en el aura nocturna,
que hace estremecer el nido
en que una tórtola arrulla.
Entre las ansias ardientes
y las caricias profundas,
ha sentido el galán celos
que el corazón le torturan.
Ella llora, él la maldice;
pero las bocas se juntan....
En tanto, los aires vuelan
y los aromas ondulan,
se inclinan las ramas trémulas
y parece que murmuran
algo de las hojas secas
y de las flores difuntas.

Ruben Darío.

LA RATONERA.

El sobremesa, mientras tomaban el café y fumaban sus cigarros tres magistrados, íntimos amigos, contaban lances curiosos de su carrera.

Mr. Parisse hizo el relato de este hecho, en que intervino él mismo, siendo en París juez de instrucción:

—Una mañana—dijo—trabajaba en mi despacho, cuando ví entrar á un hombre presa de una gran turbación. Era uno de nuestros más ricos joyeros, muy famoso en París.

El pobre hombre me cuenta una

historia, la historia clásica de todo comerciante estafado.

—Hace unos días—me dijo—una señora muy bien puesta entró en mi tienda, dejándose á la puerta un elegante carruaje. Tenía la señora todo el aire de una gran dama, lo cual se revelaba en ella en el vestido, en los adornos, en los ademanes, en los perfumes delicados y suaves.

Hizo que le enseñara varias alhajas. Escogió algunas, y con aire distraído, indiferente, verdaderamente señorial, me dió los cuatro mil francos de su importe.

Cuando ya se marchaba, detúvose ante una vitrina y preguntó mirando un hermosísimo collar de brillantes.

—¿Cuánto vale esa alhaja?

—Sesenta mil francos, señora.

—¡Oh! Es un poco cara—murmuró sonriéndose y mirando el collar que yo había puesto en sus manos.

—Fíjese usted—le dije—en la hermosura de esas piedras, en su igualdad, en su oriente.... Son magníficas.

—Sí, sí—replicó—de todas suertes no traigo aquí bastante dinero para pagarlas. Pero me gustan mucho. Esta misma tarde pasaré por aquí con mi marido y las recogeré.

—No es necesario, señora. Un dependiente irá con usted para llevar la alhaja, y usted no tendrá que molestarse.

—Bien—dijo ella.

Un momento después, la desconocida y mi dependiente marchaban en su carruaje.

Y en efecto, señor juez. Mi dependiente no ha vuelto al establecimiento. De ninguna manera puedo pensar en que sea delincuente. Es honradísimo y está asociado á los negocios de mi casa. No tengo duda de que el infeliz, del todo inocente, ha caído en alguna asechanza miserable.

Inmediatamente—continuó el magistrado—dicté las disposiciones oportunas para el descubrimiento del hecho.

He aquí el resultado de las investigaciones.

Ocho días ántes de la visita de la dama á la casa del joyero, esta misma señora había ido á casa de un célebre doctor, reputado alienista. Muy triste, muy desconsolada, la visitante expuso al médico que desde hacía más de un mes su esposo presentaba síntomas de locura. Ha adquirido una extraña y absorbente afición por las alhajas. En su manía se considera dueño de joyas valiosísimas que le arrebatan con pretexto de comprarlas. Hay momentos en que, lleno de furor, creyéndose robado, llega á los más grandes extremos de violencia.

El médico propuso á la desconocida cliente que le llevase á su mari-

do para observarle y retenerle en su casa de salud.

—¡Ah!—exclamó ella—esto es lo triste. El por nada del mundo consiente en separarse de mí.

—No tenga usted cuidado, señora. Venga usted con él y permanezca en espera en uno de estos gabinetes. Con un pretexto cualquiera, y diciendo que en seguida vuelve, sale de la habitación y se marcha. Lo demás es de mi cuenta.

Convenido así, la dama á los pocos días envió al médico este aviso: "Esta tarde le llevaré á mi esposo."

En efecto; la señora y su esposo se presentaron con puntualidad. Un criado, ya advertido, los introdujo en un salón desierto. La dama debió encontrar un fácil pretexto, porque después de hacer tomar asiento á su marido y de hablarle algo en voz baja, pasó al cuarto inmediato, donde la esperaba el doctor.

—¡Ay, amigo mío!—le dijo á éste—no me resigno á separarme de mi pobre enfermo.

—No hay más remedio. Váyase tranquila, señora. Yo respondo de todo.

La desconsolada mujer apretó la mano del doctor y se marchó llorando.

El alienista entonces comenzó su observación. Por una rendija de la puerta veía al loco, que completamente tranquilo repasaba un periódico. Al cuarto de hora se levantó el enfermo. A los veinte minutos manifestó alguna impaciencia. A la media hora empezó á pasear con aire muy violento y agitado. Un rato después, excitado, nervioso y limpiándose el sudor que corría por su frente, se dirigió decidido hacia la puerta, tras de cuyas hojas el médico espiaba.

El alienista le salió al encuentro y el loco, sin poderse contener, exclamó con viveza:

—¿Y esas alhajas?

—¿Qué alhajas?

—Las que le habrá entregado á usted su señora.

—Está rematadamente loco—pensó el médico.—No sólo tiene la manía de las alhajas, sino que cree que su mujer es mi señora. Y en voz alta repuso:

—Amigo mío, ni esa dama es mi esposa, ni hay alhajas de nadie.

—¡Cómo que no! ¡Ladron!

El pobre médico tuvo que pedir socorro. Cuando llegaron los criados vieron á su amo en el suelo, y al loco que le oprimía el cuello convulsivamente.

En un instante el enfermo fué cogido, levantado en el aire y sometido á la ducha más enérgica que haya sufrido loco alguno.

Luego fué sujeto con la camisa de fuerza y encerrado: y así permaneció ocho días, completamente furioso, gritando cada vez que se le aparecía el médico, que el médico mismo

era un estafador y su mujer una ladrona.

—¿Y se descubrió todo?

—Casi todo. El pobre dependiente fué restituido al establecimiento, cuando ya estaba próximo á volverse loco de verdad. Lo que no pudo descubrirse nunca fué el nombre ni el paradero de la ingeniosa estafadora, que segun las señas, era, además, una bribona, muy bien educada y muy guapa.

JOSE MONTET.

LA ROSA Y EL RUISEÑOR.

[CUENTO ORIENTAL.]

I

La rosa emperatriz de la hermosura, que brinda al sol sus labios encendidos; la que arranca á los céfiro y nidos, endechas rebosantes de dulzura;

la rosa de opulenta vestidura, que es gloria y embriaguez de los sentidos y en los verdes jardines florecidos, cual rojizo relámpago, fulgura;

la que aroma las noches de verbena fué, del mundo en la espléndida alborada, más nívea que la cándida azucena.

Pero Adán fijó en ella la mirada y, palpitante y de rubores llena, la blanca rosa se volvió encarnada.

II

El ruiseñor de lengua melodiosa, monarca de los pájaros cantores, que vive entre las hojas y las flores con que se ufana, primavera hermosa;

en azulada noche silenciosa, á la luz de los astros brilladores, lanza al espacio su cancion de amores, adorador de la fragante rosa;

da la luna, feliz, beso de plata á la rosa de galas purpurinas, que desoye la tierna serenata.

Y herido el ruiseñor por las espinas de su amada inconstante, se desata en lúgubres endechas cristalinas.

2 Marzo 97.

Manuel Reina.

LA CONVERTIDA.

(HISTÓRICO.)

EL sol comenzaba su carrera y el día se mostraba sereno y tranquilo; la noche anterior fué tormentosa, y los pasajeros de la *Touraine*, agradablemente sorprendidos por el camino salían á cubierta á gozar de aquel ambiente perfumado y de aquel espectáculo siempre nuevo y hermoso.

Con esa alegría comunicativa propia de españoles, y más aun de españolas, volvíme de repente á una Srta. que tenía á mi derecha, y como si hubiera sido una de mis compañeras de colegio, le dije entusiasmada:

—¡Qué día más hermoso!

La señorita no contestó, pero me miró sonriendo, y entónces advertí que mi bella compañera no sabía el castellano.

Cambié en seguida de registro, y con toda la melosidad francesa le pedí perdón por mi ingenuidad, y pronto entablamos animada conversacion.

No me pesó; al revés, al momen-

to comprendí que mi interlocutora era, no sólo distinguidísima dama, muy bien educada y muy atenta, sino, lo que valía más que todo, una norteamericana ferviente católica, y tan enamorada de la Virgen que, según le dije yo un día, merecía haber nacido en España.

Sin embargo, algo extraordinario noté desde el principio en mi amiga María Teresa Dorotea Lamou, que así se llamaba la norteamericana, y este algo extraordinario lo supe, cuando ya íntimas amigas y en el camino de las confidencias, me relató un día su historia, que ahora voy á recordar en pocas palabras.

Hela aquí:

«Nací en la religion protestante, que era la de mis padres y demás familia; nunca había pensado hacerme católica, pero siempre había defendido á los católicos, y nunca quise que delante de mí hablasen mal de ellos. Tengo mi casa en Washington, de donde salí hace cuatro años para hacer un viaje; visité varios Museos, y ví en el de Paris un cuadro de la Virgen de Murillo; esto fué un rayo de luz que penetró en mi alma; esa imágen me impresionó mucho, me llenó de amor hacia aquella Virgen, veía en ella algo divino y desde entónces la tengo grabada en mi memoria. ¡Ah! esos momentos no se pueden explicar! ¡con razon los católicos la llaman Madre!

«Vivamente impresionada empecé á dudar de mi religion, cosa que hasta entónces no me había ocurrido, pero aun no me había llegado la hora de mi conversion. Despues de algunos meses fuí á Roma, visité el Vaticano, y una familia católica que conocí en mi viaje, me invitó á oír la Misa de Su Santidad y asistir á la audiencia que iban á tener, y yo acepté gustosa. Era audiencia privada, y cuando todos estábamos de rodillas delante del Papa, la señora que me invitó le dijo que era protestante; entónces el Papa tomó mi cabeza entre sus manos, y lleno de ternura y con voz al mismo tiempo penetrante y dulce, exclamó: ¡Protestante, protestante!... Y no dijo más; pero esas palabras penetraron como saetas en mi corazon, y lo que sentí en esos momentos, sólo Dios lo sabe. ¡Creí en todo lo que la Iglesia cree! ¡Estaba convertida! Aquel santo me había alcanzado esa gracia del cielo.

«Pocos días despues de esta entrevista me fuí á un pueblo de Francia, Clermont Ferrand, donde tuve ocasion de admirar y ver de cerca á los católicos (pues vivía en un convento de Religiosas.) ¡Qué virtudes tan sublimes ví! ¡Qué almas tan santas traté! Me puse bajo la direccion de un sacerdote que hablaba muy bien el inglés; y él me instruyó en la Religion católica ayudado de las monjas; pues yo había ido á Clermont con el objeto de estar sola y tranquila para concluir

una obra que dejó mi padre por terminar, y con ese motivo viví en el convento. ¡Altos designios de Dios! Allí fué donde recibí el Bautismo, la Confirmacion y la Comunion.

«El 2 de Julio, día de la Visitacion, fuí bautizada; la Confirmacion la recibí el día 3. Me pusieron por nombre María Teresa Dorotea; este último es el que yo siempre había tenido.

«Me hice Hija de María, me pusieron el escapulario del Cármen y el de la Inmaculada. ¡Día más feliz nunca lo he tenido! Desde que me bautizaron he comulgado tres veces, y tengo permiso para comulgar cuando desembarque, sin necesidad de confesarme [es claro, me dijo con cierta coquetería, en caso de no haber cometido pecado mortal.] ¡Pues cómo he de pecar mortalmente, si desde que comulgué no pienso más que en la dicha que he tenido y la felicidad que me espera?

«¡Yo, miserable criatura, recibir á un Dios á quien tanto ofendí ántes! ¡Cuánto siento no haberlo amado siempre! ¡Ah! pero lo que es ahora lo amo y quiero siempre amarlo, no me olvido de El ni un instante, «y ojalá pueda convertir muchas almas para su mayor gloria.»

Todo esto me dijo mi buena María Teresa, á lo cual he de añadir que muchas veces me avergoncé de mi tibieza comparándola con su fervor, y que en todo recibí ejemplo de ella.

Su oracion era continua, y si alguien la interrumpía, dejaba su libro, y con la sonrisa en los labios le hablaba. Durante el viaje, que fué de siete días, se preparaba todos ellos á la Comunion que iba á hacer al desembarcar, y daba gracias por la que había hecho ántes de embarcarse. Siempre que hablaba de la Virgen, se llenaba de alegría y decía encendida de amor: «Es nuestra Madre.» No dudo, en fin, que esa alma será un apóstol de la Religion Católica, por la cual daría gustosa su vida.

DE HEINE.

Un jóven ama á una niña que de otro ansía el amor, pero éste se une con otra en quien cifra su ilusion.

Con cualquiera se une entónces la olvida, en su rencor, y la pena hiere el pecho del que primero la amó.

Vieja historia que renace del mundo entre el ronco hervor y que aquel á quien sucede le destroza el corazon.

José J. Herrero.

POR QUE VUELAN LAS AVES.

¿Por qué vuelan las aves? ¿Tú no sabes La causa misteriosa de su vuelo?
¿Por qué atraviesan la region del cielo?
¿Por qué vuelan las aves?
¿Por qué visitan las etéreas salas del celeste palacio?
¿Por qué conocen el inmenso espacio?
—Es muy sencillo. ¡¡¡Porque tienen alas!!!